

# Ciudadanismo

## EDITORIAL

### VA VINIENDO SAN VALENTÍN

En medio de tanta refriega por la defensa de los derechos políticos, menos mal que nos tomamos otro descanso en el camino: San Valentín. Es la primera parada festiva después de Navidad. Nos habíamos relajado ya de la política de regalos, de la corteja impuesta por la gran festividad anual de los obsequios, con protagonistas para todos los gustos: desde el Papá Noel hasta los Reyes Magos.

Pero ya tenemos encima al patrón de los enamorados, en cuyo honor más nos vale comportarnos como verdaderos enamorados. Y como el movimiento se demuestra andando, he ahí que finalmente es la tarjeta de crédito la máxima expresión de nuestro amor. ¡Y qué bien lo saben los comerciantes! Nos toca: es la servidumbre de los buenos usos.

¿Y eso es bueno? Buenísimo (o “bonísimo”, que ya no se lleva). Es bueno porque los rituales se han inventado precisamente para eso: por si no hubiese suficiente amor en la pareja, hemos de cumplir el rito de “como si”, porque tiene por sí mismo gracia santificante, cual corresponde a los ritos. Pero tenemos un gran valor añadido, que es la colectivización. Al ser todos en nuestro entorno los que se lanzan a promocionar el regalo de San Valentín, es como si nos arrastrara la corriente: uno no puede quedarse fuera; y así entra en el refuerzo de conductas que en fin de cuentas señalan treguas y favorecen la relación.

¿Y qué hay detrás de San Valentín? ¿Sólo comercio? Pues no, en absoluto. Es cierto que son los comerciantes los máximos impulsores de los deberes que se traducen en regalos y en consumo; pero a decir verdad nos rinden un gran servicio: nos empujan a comportarnos como personas, con algo más de sensibilidad y de humanidad. Míralos, ¡justo ellos! Como para darles las gracias.

¿Y San Valentín el americano? Pues bien venido, si a lo que viene es a promocionar la relación de pareja; a promocionarla y a sublimarla. Con lo mal que andamos de valores... El que la relación no se reduzca a sexo es mucho: es una de las grandes conquistas de la humanidad. Al fin y al cabo el amor es el mayor de todos los inventos humanos. El amor en todas sus dimensiones, empezando por el maternal, que es el modelo de amor que nos brinda la naturaleza. A partir de ahí todo es adaptación y acomodación: incluso el amor al prójimo.

Pero no hemos de desdeñar entre los amores el de pareja, que la coyunda no es igual solución para ambas partes interesadas, puesto que no interesa por igual a ambas, y esas diferencias comportan riesgo. Precisamente para que la pareja sortee todos los escollos y se mantenga en pie es preciso sostenerla en el amor. Y bien que nos va que San Valentín nos eche una mano, al menos una vez al año. ■

## ¿DEMOCRACIA PARTICIPATIVA?

El desencanto de la ciudadanía en unos casos y la irritación en otros, por la usurpación que de sus derechos han perpetrado los partidos políticos, es muy considerable. Tan conscientes de ello son los autores del desaguizado, que ahora, de cara a las municipales, andan ofreciendo democracia por un tubo, y compiten entre sí por ver quién ofrece fórmulas más felices de democracia. Nos están engañando, evidentemente, y ni siquiera son conscientes de ello, porque lo que andan buscando no es democracia, sino efectismo democrático, imagen de democracia, en fin, algo que impacte. Entre las figuras nuevas que ofrecen, están los presupuestos participativos y algunos otros dibujos por el estilo.

Naturalmente que ya se han ensayado esas fórmulas “participativas”, como si esa fuese la palabra talismán; como si con ella pudieran taparles la boca a los ciudadanos defraudados que reclaman “más” democracia en la acción política. Como si se tratara de un pequeño déficit que pudiera resolverse con “más” de lo que no hay. ¿Pero qué enredo es éste? Es como si le reclamo a alguien que me ha birlado la merienda, y atiende mi reclamación ofreciendo compensarme con servicios culturales o con puntos para excursiones. ¿Y mi merienda?

Señores políticos: si la ciudadanía clama por que vuestros procedimientos sean más democráticos, no está pidiendo que os paséis de la democracia indirecta representativa a la directa participativa, como

si la primera tuviese un déficit democrático estructural y la segunda fuese *per se* más democrática. No se trata de eso, sino de que no les birléis su merienda a los ciudadanos. Porque, como demuestran bien a las claras las experiencias participativas que se han emprendido, no es un problema de apellido democrático, sino de jugar limpio el juego democrático tanto con fórmulas representativas como participativas.

Es que el sentido común y la experiencia nos advierten que quien es incapaz de comportarse democráticamente en una democracia representativa, igual de incapaz será en una participativa. Pero es igual, ganan tiempo levantando una gran polvareda con el pretexto de “mejorar” los mecanismos de “participación” del ciudadano en la toma de decisiones políticas. Son sólo cortinas de humo: con ellas se proponen desviar la atención del abuso que cometen, sirviéndose de la representación que le concedieron los ciudadanos, para acumular poder en el partido en vez de emplearla a favor de quienes se la otorgaron.

Es cierto que la política municipal, al ser la de máxima proximidad, es la que mejor se presta a la participación directa. Pero no es eso lo que reclaman los ciudadanos. Habitado al régimen de democracia representativa, el ciudadano no demanda participación. Se conforma con que la representación lo sea de verdad. El plus democrático que conseguiría con eso, sería como para echar las campanas al vuelo.

## DEMOCRACIA

El ciudadano se conforma con que cuando sus políticos emprenden la reforma de un Estatuto de Autonomía lo hagan a instancias suyas (eso no ha ocurrido con ninguno de los Estatutos reformados) y en todo caso en la dirección que haya elegido el ciudadano. Y cuando los políticos en un municipio emprenden una carrera lingüística e identitaria, lo hagan también a instancias de la población y en la dirección en que ésta señale. ¿Acaso ha ocurrido esto en algún municipio de Cataluña? ¿No es más cierto que los políticos de todos los niveles han actuado como propietarios del poder, imponiéndole al ciudadano su soberana voluntad, como si de un súbdito se tratase?

¿Qué interés tiene por tanto que nos líen en democracias participativas, en las que no están entrenados, si no se ejercitan en la democracia representativa, a la que están obligados por las leyes desde siempre? No es por tanto el instinto democrático lo que les empuja a esos experimentos, sino el afán de ofrecer espectáculos de democracia, cuanto más aparatosos, mejor. Es dar imagen de demócratas exquisitos. Pura imagen, pura fachada, cartón piedra.

Porque la democracia participativa en nada aventaja a la representativa: ésta es la única eficaz en cuanto el cuerpo electoral alcanza el orden de los millares. Sólo para el orden de los centenares o por debajo, está previsto en la ley electoral el régimen de Concejo o asamblea. Y es obvio, porque no tiene sentido delegar cuando existe la posibilidad cierta de ejercer la democracia directa.

Y por el contrario, reivindicar esa fórmula cuando no hay manera de articularla a causa del número de electores, renunciando así al sistema representativo, es una singular manera de ser antidemocrático: por sublimación. Una manera de engañar al personal hurtándoles la democracia ordinaria, bajo el pretexto de darles a cambio la intemerata.

Es demasiado sospechoso que los detractores de la democracia representativa se dediquen ahora a cantar las alabanzas de la democracia directa. ¡Pero si nos están estafando todos los días! ¡Pero si sus partidos se han montado las satrapías a costa de los ciudadanos! ¡Pero si han arruinado la democracia y no se les vislumbra siquiera el propósito de enmienda! ¡Pero si no les gusta ningún género de democracia!

A la vista está: ellos no tienen intención de funcionar nunca democráticamente: cada vez que se han abandonado a los escarceos democráticos, se les ha escapado el poder a los sátrapas del partido y se les ha atragantado la democracia. No se les ve por tanto con ganas de tropezar de nuevo en la piedra de la democracia. Tremendo tropiezo para ellos.

Por eso CIUDADANOS, el nuevo partido surgido del desencanto producido por la traición generalizada al régimen democrático, tiene la necesidad perentoria de ser exquisitamente democrático, de formar la voluntad del partido desde la demanda real de los afiliados, que son trasunto fiel de ese segmento de la sociedad que añora la regeneración democrática del país desde los cimientos. La cosa es muy fácil: es el partido el que ha de asumir la voluntad de sus bases, y no éstas las que tengan que asumir la voluntad de ese monstruo colectivista totalitario llamado partido. Son las bases las que han de conformar la conciencia del partido, y no éste (entendido como voluntad y fuerza colectiva superior) el que perforce la voluntad de las bases y de la ciudadanía.

Si entiende el partido que su mayor reto es la DEMOCRACIA (la soberanía y el poder en manos de los ciudadanos), tiene un espléndido camino. Pero si sigue la senda antidemocrática de los demás partidos, bien corto será su recorrido. ■

Mariano Arnal

Igual que en aristo-cracia, buro-cracia, pluto-cracia, en **democracia** el término **-cracia** hace referencia al **poder**, a la **dominación**, a la **soberanía**. En otros regímenes el complemento léxico que expresa estos valores es **-arquía**: mon-arquía, olig-arquía, jer-arquía. No es rigurosamente lo mismo *arjein* (αρχειν) que *cratein* (κρατειν), pero a nuestros efectos no es relevante. La “-arquía” (αρχη -arjé- es el principio y αρχων -arjón- es el primero) se asienta en el orden de prelación: será en latín el *princeps*, el que va en cabeza de la horda en los desplazamientos. El *cratos* (κρατος) en cambio, nace de la pura fuerza física, de la violencia, de la victoria, de la capacidad de dominación adquirida.

En la **demo-cracia** tenemos pues la fuerza, el poder del *demos*. Pero ¿quién es ese tal *demos* (δημος)? El dic. Bailly nos distingue en primer lugar dos líneas de significado: “con idea de lugar” y “en sentido étnico”. En este último sentido define al *demos* como “población de un territorio”, “pueblo (lat. *Pópulus*)”. Y pasa luego a los significados políticos. Pero vamos al sentido geográfico, que es el origen de los demás significados: “**tierra habitada por un pueblo**”; *prop.* la parte de territorio perteneciente a una comunidad, de donde comarca, país, tierra. Hasta aquí el diccionario (mucho más extenso), suficiente de momento para asentar el origen histórico de la **democracia**.

Baste la referencia a la Grecia del 500 antes de Cristo, que es cuando nacen la palabra y el concepto, para definir lo que nació significando **democracia**. Las ciudades eran en aquel entonces auténticos Estados autosuficientes, por lo que su economía se asentaba en la agricultura. Y ésta, como toda la economía productiva, descansaba sobre la fuerza de trabajo y de servicio de los esclavos.

*Démos* era por tanto el territorio sobre el que se asentaba la economía de toda la *pólis*, y complementariamente el colectivo de propietarios de esas tierras. No eran agricultores, sino empresarios agrícolas que tenían todos los esclavos necesarios para asegurar su productividad. Esa comunidad de terratenientes era la mayor masa de hombres libres de la ciudad. Destilación de esa masa (de unos pocos miles) eran los *áristoi* (αριστοι), los más ricos y poderosos, entre el rey y el *démos*, que competían con ellos por el poder: eran la **aristo-cracia**.

La vinculación del poder a los censos (a los impuestos), que así funcionaba el sistema democrático, es algo que hemos conocido en nuestra civilización hasta el siglo pasado. El voto y el poder funcionaban prácticamente por coeficiente, como en una comunidad de propietarios o en una S.A. Con una particularidad en Roma, la del *proletariado*, una potente ayuda a las familias numerosas: a partir del 5º hijo, el Estado consideraba que se contribuía suficiente al erario como para no tener que pagar más.

En cualquier caso, el gobierno del *démos*, que no de toda la masa humana de la ciudad, era la clave. Vayamos adelantando la reflexión de cuán distinto valor tiene el término “pueblo” para un demócrata a secas y para un nacionalista. Y cuán distinta es la democracia original, basada en el poder sobre el territorio, aristocrática y elitista por ende, y la democracia moderna, igual para todos. ■

de elalmanaque.com